

A la mañana siguiente hacía las once de ella, supo la joven que su marido había corrido ante Bruto, y que Bruto le había condenado á muerte. Aturdida quedó desde luego enteramente con aquel golpe la joven. Pero vió á su hija que jugaba con la linda casita: pensó en Coquelin: dijo á Luisita que fuese juiciosa, y se divertiese con sus juguetes, cerró la puerta con llave, y corrió como una loca á la calle de Petit-Mazeau.

La tienda del fabricante de juguetes estaba cerrada.

Desvaneciábase la última esperanza: púsose á llamar con el puño cerrado contra aquella puerta como una loca, dejando caer hácia atrás de vez en cuando la cabeza, arrojando tristes suspiros. Nadie respondió, pero una vecina vieja se asomó abriendo la ventana, y viendo aquella joven que llamaba sin descanso, le preguntó que quería.

—Quiero hablar al ciudadano Coquelin, exclamó la joven.

—El ciudadano Coquelin ha marchado con su carrito; respondió la vieja: debe hallarse á estas horas en la Canneviere; y la vieja cerró la ventana.

La joven se echó á correr hácia el lado indicado, pero á medida que se aproximaba era tan considerable la multitud, que se vió obligada á detenerse en una de las calles inmediatas.

Gentes con cara patibularia, decian:

—Qué desgracia la de no poder llegar mas lejos. Hoy llevan doce; los que tienen las primeras sillas lo verán por su dinero.

La pobre joven se desmayó.

Llevaronla á una casa, registraronla sus bolsillos, le encontraron una carta y sus señas, y la llevaron á la calle Tionvillois.

Cuando volvió en sí, Luisita estaba de rodillas, y una anciana que la habia acompañado desde París, la echaba agua en la cara.

Quiso levantarse, pero se hallaba tan débil que tuvo necesidad de volverse á sentar.

Permaneció dos horas con las manos apoyadas sobre los brazos de su sillón, el ojo fijo, sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de dos horas llamaron violentamente á la puerta.

—Id á ver quien es, dijo á la anciana criada.

La criada bajó: un instante despues volvió á entrar toda trémula trayendo un billete en la mano.

Un hombre con un gorro colorado le habia arrojado aquel billete en la escalera, entregándole para la ciudadana viuda de Roberto.

La joven cogió el papel. Esto era lo que estaba escrito en él:

«Ciudadana, eran doce; vuestro marido era el doce. Le he hecho pasar el primero: ya veis que he cumplido mi promesa. He hecho todo cuanto he podido.

» Coquelin. — (Verdugo.) »

En aquel momento Luisita dijo á su madre: —Mamá, mirad que bien baila mi purichinela.

La pobre muger se levantó, hizo pedazos el purichinela y la casita de carton, y cogiendo á su hija en sus brazos, volvió á caer desmayada diciendo:

—¡Mónstruo! han muerto á tu padre.

TOLON.

En atencion al proverbio de que no hay compañía por buena que sea que no sea necesario dejar despues de tres dias de fiestas y placeres, tuve que separarme de aquella alegre y honrada compañía marsellesa en la que se me habia pasado una semana con la rapidez de una hora.

Al acompañarnos al carruaje Méry recomendó á Jadin no se le olvidase sacarle al pasar un dibujo del lago de Cuges, nos abrazamos despues, y nosotros echamos á andar para Tolon y Méry volvió á Marsella.

El camino que se toma para salir de la capital de la Provenza, es tan caloroso y tan lleno de polvo como el que se sigue para llegar á ella: nada hay mas monótono y mas triste que aquellos olivares mezclados de viñas en cuyo intervalo, como dice el presidente Brosas, se levantan por curiosidad algunas matas de trigo.

Al cabo de una ó dos horas entramos en las montañas peladas y áridas en las que el sol y las lluvias no han dejado mas que su esqueleto de granito. Seguimos el fondo de un valle tan seco como el resto del camino: por último hácia el anochecer, al doblar una gigantesca roca que obliga al camino á describir una curva, nos hallamos delante de una gran sábana de agua: era el lago de Cuges.

Como el conductor estaba á nuestras órdenes, hicimos alto allí; Jadin como lo habia prometido sacó una vista para Méry. El lago estaba en el primer término, Cuges y su iglesia en el segundo: el tercero lo formaban las montañas. Durante este tiempo cogi mi escopeta y seguí sus orillas para ver si encontraba algun pato: desgraciadamente aun no habian tenido tiempo de crecer los cañaverales, y los patos estaban en medio del lago á gran distancia.

Volví cerca de Jadin que habia concluido su croquis y nos dispusimos á pasar el lago.

No era operacion sencilla. Los cugences aun no habian tenido tiempo de construir un

puente: además, antes de construirlo querrian sin duda asegurarse de que les seria permanente el lago. En el entretanto el agua habia cubierto la carretera: veíase bien el camino entrar por un lado y salir por otro: pero por el espacio de un cuarto de legua no se tenia otro guía para seguirlo que algunas piedras ó postes á derecha é izquierda. Como el camino formaba calzada, por poco que nos separáramos á un lado ó á otro caíamos en profundidades que no podíamos medir por las ramas de los árboles que aparecian como matas á flor de agua. Empecé á creer que la Providencia habia sido muy pródiga con Cuges al darle semejante lago cuando los cugences se hubiesen contentado con una fuente como bastante.

Sin embargo, como no habia ni puente ni barca, tuvimos que adoptar nuestra resolucion: subimos á la imperial del coche á fin de estar mas dispuestos para salvarnos á nado: y con audacia nos lanzamos en el lago saliendo sin percance alguno á la otra orilla.

Hallamos á Cuges en conmocion: el gobierno habia tenido noticias de su lago y habia puesto la mano en ello. Los lagos son de derecho propiedad de los gobiernos, únicamente que en este se suscitaba un litigio. Este lago era de fecha reciente y no subia como los otros á la creacion del mundo, á lo menos del diluvio. Por el diluvio, como se sabe, hacen los lagos su prueba de nobleza: el diluvio es el 4399 de los lagos. El de Cuges se habia entendido sin cumplimiento alguno sobre propiedades y fincas que pertenecian á ciudadanos de las poblaciones circunvecinas. Estos propietarios querian dejar el lago al gobierno, pero siendo indemnizados de las tierras que pedian por esta concesion. Las aguas y los bosques se reian de ellos; ellos se reian de las aguas y los bosques: asi habia ya habido un gran gasto de papel sellado y los cugences, como aquel pobre zapatero convertido en rico, estaban casi dispuestos á devolver su lago si querian devolverles su tranquilidad.

Nos detuvimos en Cuges, y volvimos á salir al dia siguiente á las seis de la madrugada.

La única cosa curiosa que nos ofreció el camino hasta Tolon, eran las gargantas de Ollioules: las gargantas de Ollioules son las Termópilas de la Provenza. Figúrense rocas escarpadas de dos á tres mil pies de altura en cuyas cimas hay algunas poblaciones perdidas á que se sube sin saber por donde y se inclinan curiosamente para vernos pasar. Algunas de estas montañas tienen la pretension de ser volcanes apagados: no me opongo á ello.

Apenas se sale de las gargantas de Ollioules se presenta un gran contraste: en lugar de aquellas dos paredes de granito tan peladas y tan próximas que sofocan, se encuentra

una deliciosa llanura encajonada á la izquierda por las montañas en semicírculo y á la derecha por el mar.

Aquella llanura es la estufa de la Provenza: allí brotan el aire libre y á porfia la palma de Siria, el naranjo de Mallorca, el nefe del Japon, el plátano de las Antillas, el yesca de la América, el lentisco de Creta y la acacia de Constantinopla. Aquel es el pais de las plantas exóticas, que vienen del Oriente y del Mediodía para ir á morir á nuestros jardines botánicos del Norte. Felices las que allí se detienen porque pueden creerse todavía en su pais natal.

A la izquierda de la vuelta del camino que dirige desde las gargantas del Ollioules á Tolon, se verificó el 18 de junio de 1815, el mismo dia de la batalla de Waterloo la entrevista del mariscal Brune y Murat. Este se hallaba vestido de mendigo con un capote gris, un sombrero á la catalana y anteojos de oro. Lo que pedia el mendigo real era volver á ocupar su lugar como simple soldado en los ejércitos de aquel á quien dos veces habia perdido, la primera declarándose contra él, la segunda declarándose por él.

Sábese cual fué el resultado de aquella entrevista. Murat, rechazado de Francia, pasó á Córcega, de Córcega se embarcó para Calabria: puede encontrarse su cadáver en la iglesia de Pizzo.

Al entrar en Tolon pasamos por delante del famoso balcón de Puget que hizo decir al caballero Bernuin cuando llegó á Francia, que no merecia la pena el enviar á buscar artistas á Italia cuando se tenían en su casa gentes capaces de hacer semejantes cosas.

Las tres cabezas que sostienen aquel balcón son los retratos de los tres cónsules de Tolon á quien Puget habia quedado agradecido: asi la ciudad los conserva cuidadosamente como retratos de familia.

Llevaba cartas para Mr. Lauvergne, joven médico del mayor mérito que habia acompañado al duque de Joinville en sus escursiones á Córcega, Italia y Sicilia, y hermano del Lauvergne, el pintor de marina, que ha dado dos ó tres veces la vuelta al mundo.

Como contábamos detenernos en Tolon nos ofreció en lugar de nuestro sombrío aposento en la ciudad una pequeña bastida ó casa de campo muy ventilada que tenia en el fuerte la Malgue. Aceptamos al instante esta oferta que nos hizo con tanta franqueza. Aquella misma noche quedamos instalados en ella, de modo que al dia siguiente al despertarnos y al abrir nuestras ventanas tuvimos delante de nosotros un mar infinito que hay necesidad de ver de tiempo en tiempo cuando se le ha visto una vez y que no se cansa una jamás de ver.

Tolon tiene pocos recuerdos; fuera del sitio que le puso el duque de Saboya y la traicion que lo entregó á los ingleses y á los es-

pañoles en 1795, su nombre se halla raramente citado en la historia. Pero esta vez se encuentra escrito de una manera indeleble: Tolon es la fecha real que comienza la carrera militar de Bonaparte.

Como curiosidades no tiene mas que su presidio y su puerto. A pesar de la poca simpatía que me inspiraba el primero de estos establecimientos no dejé de visitarlo al segundo día de mi llegada. Desgraciadamente el presidio de Tolon no tenia en aquel momento ninguna notabilidad; acababa, hacia dos ó tres meses, de enviar lo mejor que tenia á Brest y á Rochefort.

Los tres primeros objetos que chocaron á mi vista al entrar en el presidio, son primero un cupido apoyado sobre una áncora, despues un crucifijo y últimamente dos cañones cargados de metralla.

El primer presidiario que encontramos se vino derecho á mí y me llamó por mi nombre preguntándome si no le compraria alguna cosa de su tiendecita. Por deseos que tuviese de corresponder á sus atenciones en vano traté de recordar el rostro de aquel hombre: notó mi embarazo y se echó á reír.

—El señor trata de reconocerme, me dijo.

—Sí, lo confieso, pero no lo consigo.

—Sin embargo, he tenido el honor de veros con mucha frecuencia.

Cada vez iba siendo mas lisonjero el paso: únicamente yo no me acordaba jamás haber frecuentado tan buena compañía: en fin, quiso sacarme de dudas.

—Ya veo, dijo, que es preciso que diga al señor donde le he visto, por que el señor no se recordará, he visto al señor en casa de la señorita Mars.

—¿Y qué hacías en casa de la señorita Mars?

—Servía, era su ayuda de cámara: yo soy el que la robé sus brillantes.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que eres Mulou?

Me presentó una tarjeta.

—Mulou, artista presidiario para lo que gustéis mandar.

—Parece, le dije, que estais aqui perfectamente.

—Sí, señor, gracias á Dios, no estoy mal; siempre es bueno dirigirse á personas de importancia. Cuando han sabido que era yo el que habia robado los brillantes de la señorita de Mars hasta me ha valido cierta distincion. Como siempre me he portado bien, me han dispensado los trabajos penosos: ademas se ha visto bien que yo no era un ladrón ordinario: he tenido una tentacion y nada mas. El señor sabe bien el refrán: la ocasion hace al ladrón.

—¿Cuánto tiempo os queda todavía de condena?

—Dos años.

—¿Y qué pensais hacer al salir de aqui?

—Pienso ponerme al comercio: aqui he hecho un buen aprendizaje y cuando salga

Dios mediante, con excelentes certificaciones y cierta suma procedente de mis economías tomaré en traspaso una tienda. Entretanto si el señor quiere ver la que tengo aqui....

—Con mucho gusto.

Mulou echó á andar delante de mí y me condujo á una especie de choza de piedra llena de toda clase de labores de coco, de coral, de marfil y ámbar, que tenia en una especie de mostrador y formaban un surtido completo de la industria del presidio.

—¿Pero podeis vos mismo solo confeccionar todo esto?

—¡Oh! no señor, me respondió Mulou, hago trabajar. Esos infelices lo trabajan y yo hago el comercio en grande; me traen todo lo que hacen, si no está bien les doy consejos y advertencias, dirijo y formo su gusto, les compro lo que hacen y despues lo revendo á los extranjeros.

—Entonces ganareis el ciento por ciento.

—¿Qué quereis? me hallo en boga y es preciso que me aproveche de ello. El señor sabe bien que no todo el que quiere se halla en boga. ¡Oh! si yo pudiese permanecer aqui diez años mas únicamente, no tendria que tener cuidado por mi fortuna; me retiraria y bastaria para pasar el resto de mis días. Desgraciadamente, señor, únicamente me han condenado por diez años, y dentro de dos tendré que salir de aqui: ¡Ah! si yo lo hubiera sabido....

Le compré algunas frioleras á aquel presidiario optimista: continué mi camino estupefacto de ver que hubiese gentes que pudiesen echar de menos y sentir dejar un presidio. Encontré á Jadin en tratos con otro industrial que vendia cordones de Argel: era un árabe que nos contó toda su vida. Estaba allí por haber muerto á dos judíos. Pero en aquel tiempo nos dijo, la gracia de Dios le habia tocado el corazón y se habia hecho cristiano.

—¡Vive Dios! le respondió Jadin, que ha sido un gran triunfo para nuestra religion.

Habíamos empezado por las escepciones pero bien pronto volvimos á las generalidades.

Dividense los presidiarios en cuatro clases: los indóciles, los reincidentes, los intermediarios y los experimentados.

Los indóciles, como lo denota su nombre, son aquellos con quienes nada hay que hacer: estos llevan un gorro verde y un chaqueton encarnado con las dos mangas pardas.

Siguen los reincidentes, que tienen el gorro verde una manga encarnada y la otra parda.

Despues los intermediarios que tienen el gorro y chaqueta encarnada.

Y en fin los experimentados que tienen la chaqueta encarnada y el gorro morado.

Los individuos de las tres primeras clases, están apareados con una cadena de dos en dos: los de la última no tienen mas que la argolla al rededor de la pierna y sin cade-

na, y ademas se les da media libra de carne los domingos y los días festivos, mientras que los demas no toman mas que sopa y pan.

De las canteras y del puerto pasamos á los dormitorios: la cama de los presidiarios es un inmenso lecho de campaña de madera cuyas dos estremidades son de piedra. Están sujetos con argollas, y á estas argollas para que puedan andar se sujeta con un candado la cadena que arrastran en el pie los presidiarios. No se les quitan aun cuando estén enfermos, y el condenado por toda la vida vive, duerme y muere con los grillos.

A cada salida del presidio hay dos piezas de artillería cargadas de metralla y apuntando día y noche.

Yo tenia cartas de recomendacion para el comisario de marina: cuando supo que habíamos llegado á Tolon nos hizo el obsequio de ofrecermos para mi servicio particular durante el tiempo que permaneciese en Tolon, una lancha del Estado y doce presidiarios experimentados. Como teníamos que visitar los diferentes puntos del golfo, y admirar todo lo curioso que hay allí por lo pintoresco de la situacion y por sus recuerdos, aceptamos con agradecimiento. En su consecuencia fué puesta á nuestra disposicion la lancha, y de la que nos aprovechamos en el mismo instante para volver á nuestra bastida.

Al dejarnos el capataz nos pidió la orden como podria hacerlo un cochero de una buena casa. Le dijimos que estuviere al día siguiente á las nueve de la mañana en nuestra puerta. Nada era mas fácil que obedecer literalmente nuestra orden, porque nuestra bastida se ballaba bañada por las olas del mar. Ademas, difícil seria exigir de aquellos desgraciados presidiarios un sentimiento mas profundo de su degradacion que el que ellos mismos sienten. Si os sentais en la lancha se separan lo mas que pueden; si andais encogen las piernas para que no tropieceis con ellos: en fin, cuando echais pie á tierra y la lancha vacilante os obliga á buscar un apoyo, es el codo el que os presentan, tanto conocen que su mano no es digna de tocar nuestra mano. En efecto, los desgraciados comprenden que su contacto es infame, y á fuerza de humildad desarman casi vuestra repugnancia.

Al día siguiente y á la hora dicha la lancha estaba debajo de nuestra ventana. No hay criados mas exactos que los presidiarios: el palo responde de su puntualidad, y si no fuese por sus mañas yo desearia mucho no tener nunca otros criados. Mientras acabábamos de vestirnos les dimos para que bebiesen dos botellas, que fueron distribuidas por el capataz. Este buen hombre hizo las particiones con una exactitud y un golpe de vista tal que probaba que era práctico en aquel ejercicio del derecho individual. Llevó la imparcialidad hasta beber el último vaso, que no

podia dividir en doce porciones, mas bien que favorecer á unos con perjuicio de los otros.

Visitamos primero á San Mandrier. San Mandrier es un hospital no solamente construido para los presidiarios, sino en cierta manera creado enteramente por ellos. En efecto, ellos han sacado la piedra de las canteras, ellos han labrado las maderas, construido el ladrillo, forjado las piezas de hierro, cocido las tejas, estendido en las minas el plomo, y solo el cristal es el que han tenido que traer de fuera.

Sobre San Mandrier y sobre la segunda colina está la torre de las señales, que sirve al mismo tiempo de sepulcro al almirante Latouche Tréville.

Al salir de San Mandrier atravesamos toda la rada y fuimos á bajar al pequeño Gibraltar. Este es el fuerte que, como se sabe, fué tomado por Bonaparte en persona y cuya toma produjo casi inmediatamente la rendicion de Tolon. El vencedor, al dar el asalto, fué allí gravemente herido de un bayonetazo en un muslo.

Volviendo del pequeño Gibraltar, atravesamos toda la escuadra del contra-almirante Massieno-de-Clairval: componiase de seis magníficos navios: el *Sufren*, *Dido*, el *Nesstor*, *Duquesne*, *Belona* y el *Triton*. Nos llegamos al costado de este último porque tenia que hacer allí una visita á un amigo, ya célebre entonces, pero cuya celebridad se ha acrecentado despues, gracias á una de las mas heroicas hazañas con que se honra la marina: este amigo era el vice-almirante Baudin. El hecho de armas era la toma de San Juan de Ulua.

El vice-almirante, que era entonces el capitán que mandaba el *Triton*, era una de esas existencias olvidadas por la restauracion de 1815 y que acababa de volver á ponerse en actividad por la revolución de 1830. Durante estos quince años, el capitán Baudin se habia refugiado en la marina mercante, y en esta parte de su carrera podria si quisiese á falta de bellas acciones citar buenas acciones.

El capitán Baudin nos hizo los honores de su buque con aquella gracia perfecta que solo tienen los oficiales de marina: despues convidándose á almorzar al día siguiente en nuestra bastida, rechazó todas las malas razones que le dimos para no quedarnos á comer con él á bordo: resultó de esto que dejamos el *Triton* á las ocho de la noche.

Quisiera yo saber que es lo que impidió á los presidiarios, que eran doce, el cogernos unos veinticinco luises que llevábamos en nuestros bolsillos, el echarnos á la mar á Jadin, el capataz y á mí, y el irse buenamente á donde hubieran querido con la lancha del gobierno. Cuando volvimos á nuestra bastida y nos vimos acostados con las puertas muy bien cerradas di parte de mis reflexiones á Jadin.

Este me confesó entonces que por todo el

camino le había venido ocurriendo la misma cosa.

Al día siguiente, á la hora convenida vimos llegar á nuestro convidado en su elegante falua con doce remeros que hendían el agua con rápido y uniforme movimiento: hubiérase creído que eran movidos por el resorte de una máquina. El capitán dejó la falua y subió á nuestra casa. La hospitalidad era menos elegante que la del Triton: un fondin de los alrededores había hecho el gasto. Felizmente una de las cualidades del aire del mar es dar un eterno é insaciable apetito.

A las dos se separó de nosotros el capitán; yo le acompañé hasta la falua. Esta se mecía sola en el mar. Los marineros, que probablemente habían contado con que el almuerzo degeneraría en comida, se habían ido á rezar sus devociones á la taberna del puerto de la Maise.

Esto á lo que parece era una enorme falta contra las reglas de la disciplina porque habiendo querido llamarlos, el capitán me rogó que no lo hiciese, y me dijo que se iría solo á fin de que los culpables comprendiesen la enormidad de su pecado. Como el capitán se hallaba solo, y como se sabe que le faltaba el brazo derecho llevado por una bala de cañón, le ofrecí entonces que se sirviese de mi tripulación, lo que aceptó á condición de que me quedase á comer con él. No era semejante condición la que pudiese impedirme alistarme en la tripulación del Triton; respondí pues, que seguiría al capitán al cabo del mundo con las condiciones que quisiese imponerme. Acordado, pues, colocamos los remos en el fondo de la lancha, enderezamos el mastil, desplegamos la vela y echamos á andar.

Aunque solo nos hallábamos á dos millas apenas del Triton no dejaba la travesía de ofrecer peligros. Reinaba un mistral que era lo muy bastante para tener alborotado y alegre á todo el mar, y ya se sabe lo que son las alegrías del mar.

Seguramente, si el capitán hubiese tenido su tripulación ó solamente sus dos brazos nuestra travesía hubiera sido una chanza; pero como no tenía mas que un brazo, y á mí por compañero, su posición no era de las mas cómodas. El capitán olvidaba siempre mi ignorancia en marina, de modo que me mandaba la maniobra como hubiera podido hacerlo el mas ejercitado piloto, á lo que yo respondía tomando el babor por estribor y amarrando cuando era preciso alargar. Resultó de estas equivocaciones que con olas de doce á quince pies de alto, y un viento tan caprichoso como el mistral, no dejamos de pasar algunos peligros. Dos ó tres veces creí que volcaba la embarcación; me quité mi frac á pretexto de estar mas libre para la maniobra; pero realmente para tener menos impedimento si la desgracia hacia que tuviese que seguir mi viaje á nado.

De tiempo en tiempo, en medio de mis perplejidades echaba los ojos sobre el Triton. Divisaba toda la tripulación que reunida sobre el puente, nos miraba maniobrar sin perdersenos un instante de vista. No comprendía semejante inacción unida á tanta curiosidad: era evidente que sabían quienes éramos. Entonces, pues, que veían nuestra posición, ¿cómo no venían en socorro nuestro? Comprendía toda la originalidad que había en ahogarse en compañía del mejor capitán tal vez de toda la marina francesa; pero confieso que en aquel momento no miraba este honor bajo su verdadero punto de vista.

Tardamos casi hora y media en llegar al buque, porque teníamos el viento contrario y á fuerza de maniobras, que hicieron la admiración de la tripulación, llegamos á nuestro magestuoso Triton, el cual, como si fuese extraño á todos los caprichos del viento y la mar, se mecía apenas sobre sus anclas. Apenas estuvimos á su alcance cuando cinco ó seis marineros se precipitaban en la falua: entonces el capitán con la gravedad y sangre fría que no le había abandonado ni un solo instante, subió por la escala el primero: se sabe que esta es la etiqueta, el capitán es rey á bordo, esplico en pocas palabras el porque volviamos solos y dió algunas disposiciones sobre el modo con que habían de ser recibidos los marineros cuando volviesen. En cuanto á mí que le había seguido lo mas pronto posible, recibí muchos cumplidos y enhorabuena por el modo distinguido con que había ejecutado las maniobras que me habían mandado. Hice un saludo con aire modesto respondiendo que estaba en tan buena escuela que nada tenía de admirable que hiciese semejantes prodigios.

La comida fué alegre y animada, nuestra expedición hizo en parte los gastos de la conversación. Allí me informé de las razones por que el teniente, que gracias á sus anteojos no nos había perdido de vista un instante, se había abstenido de enviar una lancha á nuestro encuentro. Nos respondió que sin un signo del capitán que indicase que nos hallábamos apurados, jamás se hubiese permitido semejante impolítica.

—Pero, le pregunté yo, si hubiéramos volcado.

—¡Oh! En ese caso era otra cosa, me respondió, teníamos lista la lancha.

—Que hubiera llegado cuando ya nos hubiéramos ahogado; gracias.

El teniente me respondió con un gesto y encogiéndose de hombros, que quería decir: —Qué quereis, esa es la regla.

Confieso que encontraba esa raspa muy dura sobre todo cuando se aplica esta medida á gentes que no tienen el honor de pertenecer al cuerpo de la marina real.

Al marcharnos tuve la satisfacción de ver á los doce marineros de la falua que tomaban

el fresco en las vergas: tenían que pasar allí toda la noche contando las estrellas, y olfateando por qué lado venía el viento.

FRAY JUAN BAUTISTA.

No podíamos haber venido tan cerca de la ciudad de Hieres, sin visitar el paraíso de la Provenza: únicamente vacilamos un momento sobre si habíamos de ir allí por tierra ó por mar. Fijó nuestra resolución el comisario de marina, que nos dijo que no podía prestarnos los presidiarios para una expedición tan larga, en atención á que no les era permitido el pasar la noche fuera del presidio.

Enviamos, pues, á buscar nuestros asientos á la diligencia de Tolon á Hieres, que todos los días pasaba sobre las cinco de la tarde á unos cien pasos de nuestra bastida.

Nada mas delicioso que el camino de Tolon á Hieres. No son llanuras, valles, montañas, las que se pasan; es un jardín inmenso que se recorre. A los dos costados del camino se levantan arcos de granados, sobre los cuales se ven de tiempo en tiempo flotar como un penacho la cimera de alguna palma, ó levantarse como una flor de aloe: despues, mas allá de aquel mar de verdura, el azulado mar rodeado todo el largo de sus costas de lanchas con velas latinas, mientras que á lo lejos en su horizonte pasan ligeramente los tres mástiles con su pirámide de velas, ó desfilan con rapidez el buque de vapor dejando tras sí un largo reguero de humo perdiéndose lentamente en el cielo.

Al llegar al hotel no nos pudimos ya contentar, y nuestra primera palabra fué preguntar á nuestro huésped si tenía jardín, y si en aquel jardín había naranjos; habiéndonos contestado que sí, nos precipitamos en él: empero si la gula es un pecado mortal, no tardamos en vernos castigados.

Guarde Dios á todo cristiano, como no tenga una doble dentadura de Desirabode, el famoso dentista, de morder con los dientes, como lo hicimos nosotros, las naranjas de Hieres. Al volver hacia nuestra bastida, divisamos á lo lejos á pie sobre el dintel de la puerta, un hermoso fraile carmelita de buena figura, larga barba gris, cubierto con una capa levantina, y el cuerpo rodeado con un cinturón árabe. Redoblé el paso con la curiosidad de saber lo que me proporcionaba tan extraña visita: el fraile vino entonces á mi encuentro, y saludándome en el mas puro romano, me presentó un libro en que estaban escritos los

nombres de Chateaubriand y Lamartine. Aquel libro era el album del Monte Carmelo.

Esta es la historia de aquel fraile: pocas hay tan sencillas y tan edificantes.

En 1819, Fray Juan Bautista, (su nombre lego era Casini) que habitaba en Roma, recibió misión del papa Pío VII de marchar á la Tierra Santa, y ver en su cualidad de arquitecto qué medios habría para reedificar el convento del Carmelo.

El Carmelo, como se sabe, es uno de los montes santos: así como el Horeb y el Sinai fué visitado por el Señor.

Situado entre Tiro y Cesárea, separado únicamente de San Juan de Acre por un golfo, á cinco horas de distancia de Nazareth, y á dos jornadas de Jerusalem, cuando la división de las tribus, le tocó á Aser, que se estableció en el Septentrion, á Zabulon que se apoderó de su Oriente, y á Issachar que colocó sus tiendas al Mediodía. Por la parte del Occidente viene el mar á bañar su falda que se adelanta y forma un punto entre las olas, y se presenta de lejos al peregrino que viene de Europa, como el punto mas avanzado de la Tierra Santa sobre la cual pueda ponerse de rodillas.

Sobre la cima del Carmelo fué donde citó Elias á los ochocientos cincuenta falsos profetas llevados por Acaz para que un milagro decidiese á los ojos de todos cuál era el verdadero Dios, si Baal ó Jehová. Alzaronse dos altares en el plano de la montaña, y pusieronse victimas sobre cada uno de ellos. Los falsos profetas invocaron á sus idolos, que quedaron sordos. Elias llamó á Dios, y apenas se había arrodillado, cuando bajó del cielo una llama de fuego que devoró todo á la vez, no solamente la llama y la víctima, sino tambien la piedra del sacrificio. Los falsos profetas vencidos, fueron degollados por el pueblo, y glorificado el nombre del verdadero Dios. Sucedió esto el año 900 antes de Jesucristo.

Desde aquel día quedó el Carmelo en la posesión de los fieles. Elias dejó á Eliseo, no solo su capa, sino tambien su gruta: sucedieron á Eliseo los hijos de los profetas, que son los antepasados de San Juan. Cuando la muerte de Cristo, los religiosos que lo habitaban pasaron de la ley escrita á la ley de gracia. Trescientos años despues, San Basilio y sus sucesores dieron reglas particulares á aquellos religiosos cenobitas. En la época de las cruzadas, los monges abandonaron el rito griego por el rito romano, y desde San Luis á Bonaparte el convento edificado en el punto mismo donde el profeta levantó su altar, fué abierto á los viajeros de toda religion, de todo país, y esto gratuitamente, en honra y gloria de Dios y del profeta Elias, el cual es tenido en igual veneración por los rabinos, que le creen ocupado en escribir los sucesos de todas las edades del mundo, por los magos de Persia que dicen que su maestro Zoroastres fué discípulo de aquel gran profeta, y en fin,

por los musulmanes que piensan que habita en un delicioso oasis en el que se encuentran el árbol y la fuente de la vida que mantienen su inmortalidad.

La santa montaña había sido consagrada al culto del Señor, durante dos mil seiscientos años, cuando Bonaparte vino á poner sitio á San Juan de Acre: entonces el Carmelo abrió como siempre su hospitalaria puerta, no á los peregrinos, no á los viajeros, sino á los moribundos y á los heridos. Con ochocientos años de distancia, había visto llegar allí á Tito, á Luis IX y á Napoleón.

Estas tres reacciones del Occidente contra Oriente, fueron fatales al Carmelo. Después de la toma de Jerusalén por Tito, los soldados romanos lo devastaron: después del abandono de la Tierra Santa por los cristianos, los sarracenos degollaron á los habitantes: por último, después del desastre de Bonaparte delante de San Juan de Acre, los turcos se apoderaron del Carmelo, asesinaron los heridos franceses, dispersaron los monges, rompieron las puertas y las ventanas, y dejaron inhabitable aquel santo asilo.

No quedaba, pues, del Carmelo, mas que sus derruidos muros, y de la comunidad un solo monge que se había retirado á Kaiffa, cuando fray Juan Bautista, designado por su general al papa, recibió de Su Santidad la orden de ir al Carmelo á ver en qué estado habían puesto los infieles la santa hospedería de Dios, y qué medios había para reedificarlo.

No estaba muy bien escogido el momento. Abdallah-Bajá mandaba por la Puerta, y este ministro del sultan tenía un profundo odio á los cristianos: este odio se aumentó todavía mas con la revolución de los griegos. Abdallah escribió al sublime emperador que el convento del Carmelo podía servir de fortaleza á sus enemigos, y solicitó el permiso de destruirlo: le fué fácilmente concedido. Abdallah hizo minar el monasterio, y el enviado de Roma vió saltar las últimas ruinas del edificio que estaba llamado á reconstruir. Sucedió esto en 1824. No tenía nada ya que hacer en el Carmelo fray Juan Bautista y volvió á Roma.

Sin embargo, no había renunciado á su proyecto. En 1826 marchó á Constantinopla, y gracias al crédito de la Francia y á las instancias del emperador, obtuvo de Mahamoud un firman que autorizaba la reconstrucción del monasterio. Volvió entonces á Kaiffa, y halló al último monge muerto.

Se vió entonces enteramente sola la santa montaña, se sentó sobre el resto de una columna bizantina, y allí con su lápiz en la mano, arquitecto elegido para la casa del Señor, hizo el plano de un nuevo convento mas magnífico que ninguno de cuantos habían existido jamás, y después de aquel plano, el presupuesto: subía este á doscientos cincuenta mil francos. Determinado el presupuesto, el milagroso arquitecto que edificó así con el

pensamiento sin ocuparse de la ejecución, fué á la primera casa que encontró á pedir un pedazo de pan para cenar aquella noche.

A la mañana siguiente comenzó á ocuparse de los medios de sacar los doscientos cincuenta mil francos necesarios para la ejecución de su santa obra.

La primera cosa en que pensó, fué en crear una renta á la comunidad que todavía no existía. Había reparado á cinco horas de distancia del Carmelo y á tres horas de Nazareth, en dos molinos harineros, abandonados, ya á consecuencia de la guerra, ya porque se había alejado el agua que los hacía moler. Buscó tanto y tan bien, que á una legua de distancia encontró un manantial que por medio de un acueducto podía llevar el agua hasta los molinos. Esto le alegró, y seguro de que podía poner en acción sus molinos, fray Juan Bautista se ocupó de su adquisición. Pertenece á una familia de drusos: era una tribu que descendía de aquellos israelitas que adoraron el Becerro de Oro: habían conservado la misma idolatría de sus padres. Todavía hoy las mugeres llevan por peinado el cuerno de una vaca. Este cuerno, que no tiene ningún adorno en las mugeres pobres, es plateado ó dorado en las ricas. La familia drusa, que se componía de una veintena de personas, no quiso deshacerse del terreno elegido por sus antepasados, aunque aquel terreno no le producía nada: hubiera creído que aquello era una impiedad. Fray Juan Bautista les propuso le arrendasen el terreno que no querían venderle. El jefe de la familia consintió en la última condición. El producto de los molinos debía dividirse en tres partes; un tercio para los propietarios, y los otros dos tercios para los arrendatarios.

En efecto, los arrendatarios debían ser dos, el uno debía poner su industria, y este era fray Juan Bautista, pero era preciso que el otro pusiese el dinero para la reparación de los molinos y la construcción del acueducto. Fray Juan Bautista fué á buscar á un amigo suyo turco, que había conocido en su primer viage, y le pidió nueve mil francos para poner en ejecución su laboriosa empresa. El turco le llevó á su tesoro, porque los turcos, que no tienen ni renta ni industria, tienen todavía como en los tiempos de las *Mil y una noches* el dinero, el oro y la plata, en toneles. Fray Juan Bautista cogió la suma de que tenía necesidad, hipotecó al reembolso de aquella suma la tercera parte de la renta de los molinos, y gracias á esta primera remesa de fondos hecha por un musulmán, pudo el arquitecto echar los cimientos de su hospedería cristiana. Nada se trató de intereses; sin embargo, se necesitaba á lo menos doce años para que su parte de la renta cubriese lo que el mahometano adelantaba: en cuanto al contrato, fué cosa muy sencilla y natural, las condiciones se determinaron de viva voz, y los dos con-

tratantes juraron por su barba, el uno á nombre de Mahoma, y el otro en nombre de Cristo, observarle religiosamente.

¿Qué cosa hay mas sencillamente grande que aquel cristiano que va á pedir dinero á un turco para reedificar la casa de Dios, ni nada mas grandemente sencillo que aquel turco que se lo presta sin mas garantía que el juramento del cristiano?

La reedificación del Carmelo era, no solo una cuestión religiosa, sino también de humanidad: el Carmelo es una santa hospedería donde son recibidos sin pagar los peregrinos de todas las creencias, los viajeros de todas las naciones, y aquel que llega no tiene necesidad de decir para hallar cama y comida, mas que:

—Hermano, estoy cansado y tengo hambre.

Pronto fray Juan Bautista marchó para su primera expedición dejando el cuidado de ejecutar su acueducto y la reparación de los molinos á un neófito inteligente. Al marchar escribió que los que quisiesen reunirse al superior de los carmelitas de Oriente no tenían mas que acudir, y que dentro de algún tiempo habría un monasterio para recibirlos. Recorrió entonces las costas del Asia Menor, del Archipiélago y las calles de Constantinopla pidiendo por todas partes limosna en nombre del Señor: y á los seis meses después, volvió trayendo una cantidad de veinte mil francos, suficiente á los primeros gastos de su edificio. Por último, el día del Corpus, siete años hora por hora del que Abdallah había hecho saltar los muros del antiguo convento, colocó fray Juan la primera piedra del nuevo.

Pero antes del fin del año se acabó aquella cantidad: entonces fray Juan Bautista volvió á marchar á la Grecia y á la Italia: y portador de una suma considerable, volvió segunda vez trayendo la vida al monumento que continuó creciendo, y que ya en aquella época estaba bastante adelantado para dar hospitalidad á los viajeros. Lamartine, Taylor, el abate Desmazares, Chammartin y Danzatz, se alojaron allí durante sus viages en Palestina.

Así es como sin cansarse por las fatigas, sin desanimarse por las negativas que hallaba, ofreciendo á Dios sus peligros y sus humillaciones, fray Juan Bautista, aunque de edad mas de sesenta y tres años, prosiguió su obra.

Once veces fué al Carmelo y once veces volvió de allí. Durante diez años que duraron sus correrías visitó todo un hemisferio: fué de Jerusalén á Damasco, de Jaffa á Alejandría, al Cairo, á Roma, á Tripoli de Siria, á Smirna, á Malta, á Atenas, á Constantinopla, á Tunes, á Tripoli de Africa, á Siracusa, á Palermo, á Argel, á Gibraltar, penetró hasta Fez y hasta Marruecos, recorrió toda la Italia, toda la Córcega, toda la Cerdeña, toda la España, y una parte de la Inglaterra, de donde volvió por

Irlanda y Portugal; tanto la primera como la décima vez ora á pie, ora en el carruaje de los pobres carruajeros que por toda recompensa le habían pedido que los encomendase á Dios: si había tenido hambre había pedido pan en las cabañas, si había tenido sed, agua á las fuentes: en cada casa de los curas tenía siempre dispuesta una cama para el descanso de algunas horas. Así, habiendo salido del mismo lugar que el Judío Errante, con una bendición en vez de un anatema, venía después de haber visto casi tantos países como él, á terminar sus correrías por la Francia.

Ofrecí mi ofrenda á fray Juan Bautista, ruborizado de que fuese tan corta, pero le di cartas de recomendación para amigos mas ricos que yo.

Hoy fray Juan Bautista ha vuelto á pedir un sepulcro á aquella montaña que él ha dotado con un palacio.

Y ahora, Dios guarda el convento del monte Carmelo: había vuelto al Carmelo con el completo de una suma de doscientos treinta mil francos. Pero su presupuesto, como todo presupuesto debe ser, se encontraba en cien mil francos inferior á la realidad, de modo que acababa de llegar por la duodécima vez del Carmelo, á fin de hacer una última cuestión en Francia, habiéndose reservado el reino cristianísimo como su último y supremo recurso.

Lo que había de admirable en aquel hombre es, que durante los diez años en que había ido recogiendo la limosna del Señor, ni un óbolo de aquellos doscientos treinta mil francos que había recogido, lo había empleado en sus necesidades personales. Si había tenido que pasar los mares, había recibido su pasaje gratis sobre algún pobre buque que había esperado con aquella buena obra tener un mar tranquilo, y un viento favorable. Si había tenido reinos que atravesar, los había atravesado, á pesar de Ibrahim, de Abdul-Megib, y sobre todo del comodoro Napier.

EL GOLFO JUAN.

Dejamos á Tolon después de haber permanecido unas seis semanas. Como nada hay que ver desde Tolon á Frejus, sino es el país, que podíamos ver perfectamente por las ventanillas del carruaje, tomamos un coche público: además, para un observador el carruaje público tiene una ventaja que compensa todo su desagrado, y es que puede allí estudiarse bajo una vista bastante curiosa, la clase media del país que se recorre.